

Antología de poemas de Cristina Valcke

Del poemario *Cuando los halcones lloran*

Mi niña

Niña pálida
pálida
pálida...
con la sangre escondida en algún recuerdo,
gimoteante
gimiente.
Niña ojos
chorrera
sal en las mejillas
niña océano,
toda la sal del mundo
de otros mundos
sobre tus mejillas,
estatua de sal.
Niña grito ahogado
silencio
mudez
forzada mudéz.
Niña niña,
boca sin arco
boca plana
hilo
aguja
labios zurcidos
manos tontas
golpeando tu propio cuerpo.
Niña huesos largos
huesos triscados
trocados
cuerpo sin huesos
cuerpo sin cuerpo
sin forma.
Niña de cabello triste
cercenado
mutilado
mustio.

Niña de pies diminutos
de miedo en los dedos,
niña que no pisa
que no pasa
que se atasca,
niña que no es pausa
ni río.
Niña quieta tras la puerta
niña que no mira a la ventana
que no sabe extender la pupila
niña partida
obligada a partir
con la cara tapada.
Niña quebrada
pequeña niña
mi niña
yo.

Nana para la pequeña inmóvil

*Do están las hermosas que ido se han
do están
do están
León de Greiff*

I

Una nana
para mi mano dormida
un arrullo
para la pequeña inmóvil ;
tengo un brazo torpe
es un bebé enfermo,
deforme.

Sigue tu sueño,
tu sueño helado...
quédate quieto

descansa ya.
Estás tan blanco
no te visita
la roja loca
la bailarina.

II

Él no me llama
él no me nombra;
ya no sé cómo apartar
su sangre de la mía.
Por qué no ha querido
regalarme los ojos,
tal vez habría hallado su espejo.
Por ahí,
en alguna parte,
está su nombre.
Creo que era mi brazo derecho
ahora está muerto.
En dónde se quedan
los que ya no están...
dónde están
dónde están.

III

Extiende tu sueño
déjalo avanzar
deja que se lleve
mis senos vacíos
todas las costillas
las crestas ilíacas
vamos por las piernas
sigue sigue sigue
avanza hasta donde
se acabe el horizonte.
Para qué dormir las huellas
si ya las borró el viento
o el agua
o quizás nunca hubo huellas;
es posible que YO
no haya existido,
eso lo explicaría todo
esa voz que no me nombra
tantas voces
tantas veces
tanto tonta
no te has dado cuenta
de que no pueden verte.

Dónde está mi guitarra
quién pudiera pulsarla por mí
quizá la escuchen por la noche
aunque sólo sean las sombras
quizá vengan a danzar
y entonces podré saber
si soy
acaso
una sombra...

IV

Tengo un collar de vértebras
casi trenzado
quiero venderlo
a quién lo compre
voy a darle garantía,
podrá jugar a estirarlo,
es resistente,
tal vez le sirva de cauchera
para cazar brujas
y ratones.
Para qué quiero un collar
si no sé dónde colgarlo,
pero nadie viene,
nadie quiere mis vértebras.

V

A dónde mirar,
estoy metida en un cajón,
sólo hablo de mí,
cuento mis dedos
mis dados
mis juegos.
Me canso,
este cajón es hermético
empiezo a convencerme...
quiero parar
para poderme ir
dormir
dormir.

Una nana
para mi mano dormida
un arrullo
para la pequeña inmóvil.

Niña repetida

Quién pudiera quitarme la tristeza
si está sentada en el andén de mi pupila
la tristeza es esta niña repetida
que sólo pide quedarse a descansar.

Y ha sido largo
y ha sido lento
y ha sido noche
y quizás día
días de calles paralelas
de intersecciones imprecisas
barro en los dedos de los pies
tierra seca que se quiebra
como la piel.

Sólo yo y mi tristeza
las dos sentadas
sin mirarnos
sólo contar los charcos
sin sus ranas
sólo esperar
a que el sudor cese.

Niña
cómo me gustaría
llenarte de besos;
si pudiera llegar
hasta tu orilla
no haría ruido
ni limpiaría el andén
nada más te peinaría
pero estoy al otro lado
no sé cómo cruzar la calle.
Sólo estoy sola
y no puedo cuidar
ni a mi tristeza.

Dejad la pregunta sobre la mesa

Que se vayan los curiosos,
tengo derecho a soltar mis huesos,
a dejarlos que suenen y se destemplen.
La música de mis vértebras
no tiene acordes para visitas.

Este traqueteo de escalera desajustada,
esta voz ronca
sólo se sabe una canción...
un quejido sostenido en dolor mayor.
No bailéis sobre mi cuerda floja,
fuera curiosos,
dejad la pregunta sobre la mesa.
Mañana,
cuando me haya pasado la embriaguez,
cuando sea capaz de mantenerme en pie,
quizá os dé las gracias
quizá os haga una partitura con mis lamentos
si mis falanges me lo permiten.
Por ahora,
dejad que ruede sola
con mi esqueleto.
No quiero curiosos
a la puerta
contando las hormigas
que hacen camino,
acusando la desarticulación
de mis articulaciones,
diciendo que soy débil.
Quiero aullarle sola
a mi noche sin luna,
quiero quedarme inmóvil
sin responder
por qué.
Del poemario *Arrojada al laberinto*:

Convite de sombras

*Aprendí a tiempo a envolverme en las palabras,
que eran, de hecho, nubes*
Walter Benjamín

Me interno en la roja caída de mis cabellos
y hago mi vestido de bruja.
Cubro mi rostro mítico
y lo descubro en rápida media luna.
Mi cabellera atraviesa la noche,
se agita convocando los espíritus,
resbala por mi cuerpo
y se dispara proclamando maleficios.
Soy bruja en el convite de las sombras,
llevo guardado el humo inquisidor

en mis cabellos,
he heredado la herejía.

La bisabuela bruja rige mi planeta.
Tengo noticias del sacrificio,
mil perdices degolladas
y el vino mezclado con la sangre caliente
de los cuerpos
para que embriagados dieran el último aleteo
junto a su cerebro,
el aleteo que debía devolverle la razón.
Por eso sé que la razón
es sádica y borracha,
que las palabras
traen el vuelo de la muerte,
que ella y yo,
somos la misma.

Su melena le cubría las rodillas,
con ella cambiaba de vestido los gestos
pero nadie supo nunca seguir sus ritmos,
quizás hubiera preferido la hoguera...
tuvo que esperar hasta que yo,
descubriera que la enfermedad
de la que siempre todos
quisieron redimirla,
se hacía herencia en mi cabello...
He nacido bruja ;
en mí ha renacido la turbulencia de su sangre,
siento que he sido llamada muchas veces,
tengo memoria sensorial ,
ignoro los nombres
pero le enciendo una vela
a los rostros que siento
que me amaron.

No pertenezco a una estirpe de brujas poderosas,
ella tuvo que vivir secretamente,
sólo tenía el poder de atravesar la luna con los ojos,
de invocar y revolcar el aliento de los idos,
de navegar por sus insomnios.
Ella poseía la libertad del disimulo,
yo tengo la libertad de mis cabellos,
por mis cabellos corren ríos de palabras,
ríos con rápidos y remolinos,
me asomo a las cuencas de los ahogados,

mis palabras engendran y asesinan,
tienen el poder para llamar las sombras,
pero tampoco soy una bruja poderosa,
no se puede olvidar que me atraparon
y que ahora sólo tengo la voz
de la sombra de una bruja,
que es casi lo mismo
que el sonido de la nada.

Agazapada

El noticiero reportó el suceso: en Argentina fue hallada una mujer que vive desde hace más de cuarenta años encerrada en un corral, junto a las gallinas. Su familia, gente del campo, la recluyó en este lugar, desde muy niña, por presentar trastornos neurológicos. Científicos opinan que el proceso de adaptación a mejores condiciones sería traumático.

Nací animal,
bestia extraña a los modales
con un hálito de mujer
entre las piernas.
Mis compañeras de techo
son transitorias,
cada vez que vienen por una
creo que es mi turno.
He intentado los huevos
pero ni toda la fuerza
logra que mi calor
reviente,
a veces un agua roja
se me extiende por debajo
y huelo tan parecido a ellas
cuando pujan...

De los que viven afuera,
los más pequeños
se acercan y me miran,
creen que no entiendo
pero el miedo es igual
en nuestros ojos.
Luego, las piedras
y todas revoloteamos histéricas.
Me parezco un poco a ellos,
sólo un poco,
igual que yo,

no tienen alas.
 ¿Quién soy... ?
 agazapada,
 no pertenezco a los de afuera.
 Sin alas
 ni plumas
 ni huevos,
 tampoco soy como mis compañeras.
 Ellas al principio temen,
 todos al principio tiemblan
 después olvidan,
 sólo que yo, no puedo.

Los más largos
 traen el maíz
 y nos lo sirven a empujones.
 Hace tiempo me obligaron a salir
 y unos que nunca había visto,
 me rodearon espantados,
 agitaban los brazos,
 sus voces eran fuertes,
 me relampagueaban
 de arriba abajo
 con su cajita negra,
 decepcionados volvieron a encerrarme.
 Entonces muchos empezaron a venir,
 se arremolinaban
 y yo,
 me sentía incomoda,
 no entendía bien sus ojos
 pero la malicia que se filtraba
 me hacía erizar.
 Luego, no vino nadie nuevo...

Mis hermanos creen que no recuerdo.
 Un día sé que van a venir por mí,
 sé también que no es bueno,
 ninguna de las que se han llevado
 ha vuelto.
 Pero quiero irme con ellos,
 quiero irme...
 estoy cansada
 y los días son largos.

Del poemario *Otra vez la guerra:*

Camino de placentas

I

Debería llover leche
 sobre la sabana
 y el monte,
 leche para la sed
 de mi niño dormido.
 Si del cielo
 colgara una teta grande
 magnífica,
 si la saliva ascendiera
 en remolino
 y la hiciera venirse
 arrullo de leche,
 entonces la tierra roja
 se haría cuna
 y él abriría
 sus ojos
 de niño bueno.

II

Seguí la roja grieta
 para saber si encontraba
 el principio,
 y hallé un vientre triste
 queriendo recoger
 sus hilos,
 largo desandar
 de carne.
 Al otro lado
 perdido,
 uno que quiere volver
 lucha contra dragones
 y figuritas de barro,
 en el monte
 sólo no sabe
 como llamar
 a la mamá.

III

Ser invisible,
 evanescente,
 desaparecer.
 Hemos presenciado tantas magias,
 bajo una nube de gritos

se hace el milagro,
 un desaparecido
 nace.
 En el mundo de los invisibles
 los nacimientos
 son los únicos momentos
 de algarabía
 porque el aullido del nuevo
 los convoca,
 todos se presienten
 y danzan,
 luego van silenciosos,
 temen que los oigan
 hablar en solitario.
 La magia no es perfecta
 porque desde allá
 no pueden ver
 el rostro de los visibles,
 y deambulan
 buscando el hueco
 por donde entraron,
 no les hace gracia
 el tiempo.
 La placenta se halla
 cubriendo la luz,
 deben ir descalzos y a tientas,
 cada uno
 tiene que encontrar la suya,
 su regreso.
 Pero casi nunca
 la sienten,
 se confunden con las huellas
 húmedas
 de otros ojos.
 Afuera no entendemos el juego,
 la imagen cubre
 invasora
 el espacio del transmutado,
 lo desplaza para que no duela
 y una flor azul suplica
 en las únicas manos
 que insisten
 sobre la tierra.

IV

Los desplazados llevan la marca
 en su frente,
 sangre de maíz
 endurecida al sol y al viento,
 han dejado de ser invisibles
 no recordaban cuanto pesa el color
 ni la belleza.
 Deben aprender a moverse
 como cachorros de ñu,
 antes de que el mundo
 los deje.
 Sueñan que el ombligo
 es una flor azul
 que los hermana
 con el cielo
 y que un antepasado
 cruza las noches
 para contarles sus visiones,
 por eso saben
 que aún les quedan
 las estrellas.

Óxido y llanto

Los lobos me persiguen
 he cruzado el alambre,
 voy dejando tras de mí
 calles y cloacas...
 subo la espiral de metal,
 óxido y llanto.
 La ciudad de las mil
 y una noches
 es devorada por un cielo
 de pirómanos,
 los escudos son flores
 deshojadas
 y los dientes de las bestias
 me desgarran.

Pesadilla diurna

Lo he soñado:
 Mutada en hombre
 encadenada a la silla,
 desnuda - desnudo.
 Oscuridad húmeda,

excrementos y barro;
ella, él,
perdidos.
Su sexo erecto a la fuerza,
obligado a penetrar
la virulenta intimidad
del enemigo.
Ha sido pesadilla,
luego del último bombardeo.

Jugar al equilibrio

Otra vez la guerra:
imposible jugar al equilibrio
sobre los muros,
han sido coronados.
La distancia entre la casa del frente
y ésta,
es miedo;
¿hay que dejarse morir
de enclaustramiento
o arriesgar el corazón?
El agujero podría ser
un círculo perfecto
por donde escapara
la carcajada,
esta mueca del odio
que claudica
todos los días.
Las explosiones
se hacen cotidianas,
dicen que su estrategia
es invulnerable
pero nadie conoce
el laberinto
más allá de mis labios.

Más allá de lo humano

*En homenaje a la mujer española
que se quedó en Irak como escudo humano,
luego de haberse iniciado los bombardeos.*

Quiso ser un pararrayos,
se instaló en la tierra prohibida
y fue como Babel,
hasta las nubes.
Alrededor suyo
creían protegerse,
más allá de las lenguas
y los dioses,
imaginaron el punto cero,
la zona neutra
donde no habría ráfagas.
Hecha de huesos
y de nervios,
pretendiendo ser antena
para llevarle al mundo
la música de las banderas blancas
se reventó por dentro.
Nadie la nombró de nuevo,
nadie supo su suerte
pero debió sangrar
sin emprender la fuga,
valiente,
humana más allá de lo humano.
Quiso ser un pararrayos
y absorber la tormenta,
sin saber que el cielo
fabricado para el ataque
no conoce del alba;
no distingue los círculos
sagrados.

Hacia el destierro

*...Bebe hoy mi leche, te quiero y tú lo sabes.
Pero quiera Dios que lllore yo tu muerte mañana
cuando los míos tomen venganza.
Canción de cuna macedonia,
en tiempos de la ocupación Otomana.*

Ábrame la puerta hermano,
una cinta de sangre
me sigue.
Como la niña de un cuento
por los caminos
yo venía cantando,
las espigas se mecían
con mi canción...
llevo las carnes violáceas
y esa semilla.

He visto a mi padre
cruzar sin mirarme,
escupió mis pies.
Fui tras él sin que lo notara,
se volvió pequeño y anciano,
un hombrecito diminuto
que cabría entre mis dedos.
Lo supe entonces,
no levantará más su rostro.

Ella me dijo:
Sabes que debemos sellar la entrada,
ni tu voz ni tus ojos
volverán a vagar por nuestra casa.
Hemos de clausurar el corazón.

He clavado alfileres
en mi vientre,
germina.
La mancha de siete cabezas
que devorara mi canto
una tarde,
me sembró un soldado.
Los míos están obligados
a lapidar mi nombre,
ninguna puerta se abrirá para mí:
está escrito.

Sólo nos movemos en la oscuridad
viajamos hacia el destierro,
la cinta roja anuncia que hemos pasado
y en el camino van quedando
los niños muertos,
los niños muertos.
Bebe de mi pecho
-no te abandono-
crece ruina mía,
aprende la guerra
y vuélvete contra la bestia
que se esconde tras los matorrales.

Ábrame la puerta hermano,
por los caminos yo venía cantando...

Como Antígona

*fue el fin del mundo dentro de todo mi cuerpo...
escribe que no todos los musulmanes
repudian a sus hermanas o mujeres violadas...
testimonio de mujer bosnia, citado en el libro:
«Las mujeres dan la vida, los hombres la quitan»
de Madeleine Gagnon*

Cuando el mundo conocido explotó
huyeron al bosque,
alejados de las escrituras,
sólo se tenían el uno al otro...
Él debió dejarla para ir en busca
de alimentos
pero al volver,
no la halló bajo la manta
de hierba.
Esclavo del miedo
vagaría entre la serpiente
y el pájaro,
se revolcaría de incertidumbre,
habría querido ser gruta
para llevarla guarecida en su entraña...
el escándalo de rapaces
reveló la ignominia,
su sexo era un cielo desgajado
en coágulos,
paraíso perdido...
ella, la fraterna,
la gemela,
la formada en el vientre
de su madre,
la germinada del esperma
de su padre,
la llena de gracia,
ahora extendida en la roca
apenas si conservaba
bajo el horror,
un punto de honra.
En sus ojos aún despiertos
vio que lo dejaría abandonarla
sin reproches.
-¡Nunca...
allá, la letra
aquí, la sangre!

Llevó el lago hasta su cuerpo
y lo dejó hacer,
la piel era huellas que caían,
ocupaba su lugar
una membrana delicada,
dolorosa.
Cuidador de su hermana,
devolvió cada hueso
a su espacio
y esperó.
Gestada por segunda vez,
se levantó para amarlo...
en el bosque,
en la guerra.

Sobre la poeta

Cristina Eugenia Valcke Valbuena



Esta escritora, nacida en Cali en 1970, es docente de la Universidad del Valle, y candidata al título de Magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana de la Universidad del Valle.

Desde el año 2003 es miembro del grupo de investigación Literatura, Género y Discurso, adscrito a la Escuela de Estudios Literarios y al Centro de Estudios de Género de la misma Universidad.

Ha publicado varios ensayos en revistas y libros del país especializados en literatura. Su trabajo ha permitido reencontrar voces como la de la poeta vallecaucana Mariela del Nilo, a quien se le rindió homenaje en la pasada versión del Festival Internacional de poesía de Cali.

En el 2005 su libro de poemas *Arrojada al laberinto* fue editado en la Colección Escala de Jacob del Centro Editorial de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle. Cuenta con varios poemarios inéditos.

El mundo de los invisibles en la poesía de Cristina Eugenia Valcke

María Antonieta Gómez Goyeneche

La presente antología de poemas de la escritora caleña Cristina Eugenia Valcke Valbuena, reúne una selección dentro de algunos poemarios elaborados entre la última década del siglo pasado, los años 90, y la primera del siglo XXI. Dentro de su selecta poesía ella ha escogido creaciones de tres poemarios: *Cuando los halcones lloran*, *Arrojada al laberinto*, y *Otra vez la guerra*.

En primer término, de su primer poemario aquí presentado, hasta ahora inédito, encontramos tres poemas: *Mi niña*, *Nana para la pequeña inmóvil*, *Niña repetida*, bajo una unidad temática, la infancia, el mundo de los orígenes, del pasado siempre presente, de la infancia que «siempre dura».

Difícil no acordarse de «Las ensoñaciones que tienden a la infancia», un capítulo de Gastón Bachelard en su *Poética de la ensoñación* (1960).¹ Pero si allí se aborda y se comenta la poesía que tiende a la infancia como el tiempo feliz, aquí se da cabida a una poesía que encara la otra faz de lo existente, la infancia humana no siempre aventajada.

En efecto, se nos ha advertido que,

Tendremos que despertar en nosotros, mediante la lectura de los poetas, gracias, a veces, a una única imagen poética, un estado de nueva infancia, de una infancia que va más lejos que los recuerdos de nuestra infancia, como si el poeta nos hiciera continuar, terminar una infancia que no se realizó totalmente, que sin embargo era nuestra y que, sin duda, en muchos casos, hemos soñado a menudo. [...] Los recuerdos de infancia vueltos a vivir en el ensueño son verdaderamente ‘cánticos de ilusiones’ en el fondo del alma» (Bachelard, 1982: 160 y 181).

En los tres primeros poemas aquí presentados por Cristina Valcke, no se trata, sin embargo, de «terminar una infancia que no se realizó totalmente», y que se ensueña bajo un recuerdo idealizado en la dicha de una continuidad en resguardadas posibilidades; se trata esta vez, de aquellas infancias más delicadas en cuanto que padecidas en un echar de menos afectos, en el sentirse invisible, ignorada, inaudible, no arrullada, no nombrada, no determinada. Bajo éstas dimensiones, se trata de poemas que intentan hacer visible lo que otros, adversamente, hicieron invisible; poesía que da voz a quien no la tuvo, no por falta de facultades o de valores, sino porque llana y dolorosamente, la infancia, o un infante a veces, es ignorado, subestimado, subvalorado, como una especie de minusvalía de ser, y como miopía adulta frente a lo singular o bien, precisamente, frente a lo diferente. Y hay que ver, en términos generales, cómo la infancia «es un estado del alma [...] que plantea el problema de la vida entera» de los seres humanos (Bachelard, 1982: 208).

Poesía que, hablando del desamor, es un peregrinaje en busca, justamente, del amor, del entendimiento partiendo de las fuentes mismas de la infancia humana. Se ha dicho que «para decir un amor hay que escribir. Nunca se escribe demasiado sobre él. [...] El amor nunca ha terminado de expresarse» (Bachelard, 1982: 19). Parafraseando, podríamos decir asociativamente en el caso de la poesía de esta escritora, que para decir sobre el desamor, hay también que escribir. Nunca se escribe demasiado ni sobre el amor, ni sobre el desamor. El amor y el desamor nunca han terminado, nunca terminarán de

¹ Bachelard, Gastón (1960). *La poética de la ensoñación*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982. Todas las citas que se efectúan aquí de este autor, se realizan a partir de la presente edición.

expresarse. De allí también sus poemas, *Dejad la pregunta sobre la mesa*, *Convite de sombras*, y *Agazapada*, situados ya no en la infancia sino, tal vez, en su repercusión dolorida, pertenecientes a su poemario *Arrojada al laberinto*, publicado en el año 2005.

Pero no se trata de una poesía exclusivamente centrada en la mismidad, sino también de creaciones que se abren a la experiencia de otros, a la historia y a la colectividad humana. Poesía que también reanima la memoria de sucesos de anónimas historias, en sociedades conmocionadas por los acontecimientos. De allí su poemario *Otra vez la guerra*, con obras como *Camino de placentas*, *Óxido y llanto*, *Pesadilla diurna*, *Jugar al equilibrio*, *Más allá de lo humano*, *Hacia el destierro*, *Como Antígona*, contextualizadas en los lacerantes escenarios de la guerra.

Precisamente llama la atención, además, en su selección de poemas, la capacidad de recreación a base de una apropiación, de una asombrosa manera de consustanciarse; esto es, en su definición, de «identificarse íntimamente con otro o con alguna realidad en particular». Capacidad de comprender el dolor ajeno, de habitar en la experiencia adversa de otros, de proyectarse y sentirse a través y en los otros que padecen. Así, un referente ya sea a través de una noticia periodística motiva el poema, *Más allá de lo humano*, como «homenaje a la mujer española que se quedó en Irak como escudo humano, luego de haberse iniciado los bombardeos»; o el poema *Hacia el destierro*, se suscita por una canción Macedonia, en tiempos de la ocupación Otomana; o bajo la vivencia de una mujer bosnia en el testimonio registrado de un libro, se inspira su poema, *Como Antígona*. Y aún una obra que no pertenece a este ciclo de la guerra, como lo es *Agazapada*, pero que revela igualmente la capacidad de vivirse en la

desolación, el abandono y el desamor, frente a aquél caso que reportó un noticiero:

en Argentina fue hallada una mujer que vive desde hace más de cuarenta años encerrada en un corral, junto a las gallinas. Su familia, gente del campo, la recluyó en este lugar, desde muy niña, por presentar trastornos neurológicos. Científicos opinan que el proceso de adaptación a mejores condiciones sería traumático.

Diálogos con otras realidades, intertextualidades explícitas al iniciar sus poemas concernientes, los cuales revelan, justamente, una capacidad para situarnos «en el mundo de los invisibles», como dice uno de sus versos. Es decir, en el mundo ya sea de los que se discriminan por alguna diferencia mental, sexual, social, ideológica, política, religiosa, racial; o porque la diferencia puede ser también tantas veces algo indeterminado, algo difícil de precisar, y a muchos incomoda. Y pensar que en último término se descubre que todos, en el fondo, somos tan iguales.

De allí que hacer visible lo que otros han hecho invisible, inaudible, inenarrable, es una prioridad en esta poesía en particular. Historias cada una, a su modo, del desamor y del amor que en justicia les retribuye en su recreación; historias por las que muchos pasan por la vida sin reparar, o que otros olvidan irremisiblemente; y que en su poesía son un homenaje, una memoria a lo que hunde sus raíces en lo radicalmente humano, y aún en lo «más allá de lo humano» en medio de adversidades, de situaciones lacerantes a nuestra misma especie. Historias de infancia, de adultez, de guerra que invitan al autoconocimiento que convoca y evoca lo recóndita e insospechadamente propio en los otros, y que son ahora un eco en las resonancias y en las repercusiones del mundo de la poesía.

